El americano hizo un gesto y repuso:

—Creedme, si así os place, señor conde; pero siento mucho hoy no haber sido siempre un hombre honrado.

Brettecourt sonriéndose, continuó:

—Como no volveré á veros ni al uno ni al otro, es preciso que marque vuestras posiciones respectivas. El señor Dickson tiene ya mis instrucciones, ahora os toca á vos, señor Baradoux. Desde este momento es preciso que olvidéis todo lo que háyais podido saber respecto al marqués de Villepreux.

El banquero murmuró algunas palabras ininteligibles, que el conde hubo de tomar co-

mo aquiescencia.

—Consentís, señor Baradoux? Bien está. Además, si cometiérais alguna indiscrecion, tomaré con vos tales medidas, que os impedirán en adelante perjudicar á nadie, pues tengo en mi poder bastantes pruebas de vuestras canalladas. En cuanto al casamiento, que ha sido causa de estas negociaciones, queda entendido que no ha existido más que en vuestra imaginacion. El señor Dickson queria casar á su hija, habéis pensado vos en presentar-le como futuro yerno al conde de Villepreux, ha habido alguna proposicion; pero el asunto no ha llegado á mas..... Respecto á lo que os incumbe personalmente á ambos, me parece, señores, que no necesito daros más detalles

para que la notable operacion del señor Baradoux resulte más clara á la vista del señor Dickson. Habéis oido, querido señor, el relato de los acreedores del marqués y os habéis convencido de que vuestro dinero estaba todavia en la gabeta de vuestro sócio.

—Perfectamente, señor condel exclamó el americano, fijando una terrible mirada en el banquero. Esta cuenta la arreglarémos este señor y yo.

-Nada, pues, tengo que añadir, dijo Bret-

tecourt.

Y se levantó.

Mientras que se dirigió hácia la puerta, el americano le acompañó saludándole con mucha humildad.

Y cuando desapareció, Dickson cerró viva-

mente y gritó:

-¡Ahora nos toca á nosotros!

Levantaba ya los puños, cuando se apercibió de que Baradoux no estaba allí.

El banquero no habia tenido valor para es-

perar la vuelta del americano.

Mientras que Dickson se despedía del conde se habia deslizado, casi arrastrándose, fuera del despacho y habia atravesado toda la casa para llegar á la escalera de servicio, por la que habia escapado, diciéndose:

-Esperemos que se calme algo antes de

448

entablar una explicación.... ¡Con tal que no destroce mis colecciones!

Sin embargo, respecto á este punto estaba tranquilo, pues con una mirada habia dado las correspondientes órdenes á su criado y éste tenia bastante fuerza para hacer frente al americano.

—¡Baradoux.....! ¡señor Baradoux! gritaba Dickson.

Desde el despacho pasó á la galería que encerraba los objetos más preciosos de la coleccion, gritando sin cesar:

Pero ¿donde os habéis metido Baradoux?

El criado le segnia y esperó á que el americano entrara en otra habitacion, en donde no habia nada precioso que romper, para decirle:

-El señor ha salido.

-¡Mientes! ahullo el americano.

-Cuando os digo que el señor ha salido, es porque así es.

Tendria prisa, sin duda, pues cuando llegasteis, se estaba preparando para salir.

— Es imposible! exclamó el neoyorkino, l'eno de ira. Te estás burlando de mí. No puede haber salido sin que yo le haya visto...

-Tiene salidas particulares, dijo el criado

con tono zumbon.

Dickson, furioso, se puso otra vez á recorrer

las habitaciones, pieza por pieza, abriendo los armarios y mudando las muebles de sitio.

Y no tuvo más remedio que rendirse ante la evidencia: el banquero se habia escapado.

Entónces sucedió lo que éste habia previsto. En una explosion de coraje, Dickson quiso apoderarse de una copa de Delft para romperla; pero el criado se la arranco de las manos y la colocó nuevamente en el estante.

-¡Pillo! exclamó el americano.

—Señor, dijo tranquilamente al criado, soy responsable de todos cuantos desperfectos causeis aquí, y supongo que no querreis obligarme á pagar con mi salario una copa de precio tan subido.

-¿En dónde está tu amo?

No lo sé y os ruego que os marcheis.
No lo haré antes de castigarte, pillastre,

por estar burlándote de mí.

Y abandonando la idea de destrozar las colecciones de Baradoux, Dickson creyó que podria descargar su cólera en el criado y se precipitó hácia él.

Pero ya sabemos que el banquero temia principalmente á tal muchacho por su fuerza hercúlea, y en aquel momento el criado estaba furioso por haber tenido que inclinarse ante el brazo de hierro de Brettecourt.

En un abrir y cerrar de ojos, Dickson fué cogido, levantado en alto y llevado medio aho-

LA AMERICANA. -57

gado á la meseta de la escalera, en donde el criado le dejó caer.

Y antes de que volviera de su sorpresa, la puerta del cuarto de Baradoux se habia cerral do, y Santiago, que así se llamaba el sirviente, corria los cerrojos.

-: No hay medio, pues, de luchar con estos condenados franceses! murmuraba el ameri-

cano.

Y experimentó una sensacion algo parecida al desaliento.

Pensó un instante en derribar aquella puerta.

-Mas ¿para qué?

—Im polícía de este picaro país, que siempre está en acecho, no dejaria de venir á preguntar por qué se hacia tanto ruido. Mas vale estarse quieto.

Se decidió por fin á marcharse.

El aire, bastante fresco, calmó algun tanto

al newyorkino.

—Ya encontraré á Baradoux, se decia, y seré más dueño de mí para castigarle como merece.

Y se dirigió hácia la avenida del bosque de Boulogne, tranquilizándose cada vez más.

¿Quién sabe, murmuraba, si en su lugar no hubiera yo hecho lo mismo? Francamente, he sido muy incauto entregándome de este modo á él. ¡La tentacion ha sido demasiado fuerte! Des ues de todo, no pierdo ni un céntimo;

merced á ese estimable señor de Brettecourt, he recuperado lo que habia adelantado, y salgo sin un rasguño de una aventura que podia haberme hundido. ¡Cáspita! si bien es verdad que la vida en Paris es muy divertida, es muy peligrosa tambien.....Un pobre yankee como yo, es demasiado sencillo para andar en medio del agua turbia de esta antigua civilizacion..... ¡Malvada Europa!

Y se preguntaba si no seria mejor mercharse de Francia.

—¡Pero mi mujer y mi hija no querran nunca! ¿Cómo les voy á decir lo que ha sucedido?..... ¡Qué desilusion!...... ¡Pobre Edith!

Y aparentando tener lástima de su hija, temblaba, pensando en la cólera que tenia que

arrostrar por parte de la jóven.

—¡Mil truenos! no es cosa fácil casar á una hija..... Vaya, volvamos á mi casa; va á ser preciso consolar á la niña.....

Divisaba la fachada de su hotel.

En el momento en que iba á dejar la ancha avenida enarenada, vió á un individuo que andaba apresuradamente delante de el, haciendo muchos gestos.

¡Diablo! si este hombre no pareciera un los co, creeria que es mi buen amigo Baradoux murmuré Dickson.

En efecto, era el banquero; y si habia aban-

donado su calma habitual, es porque tenia ca-

si perdida la cabeza.

El golpe que le habia herido era por demás fuerte. Haber preparado con tanto cuidado una admirable combinacion, la mejor que l'ubiera salido nunca de su espíritu inventivo, haberla visto á punto de tener éxito y derrumbarse tan de repente, y esto sin contar el terror que le hacia experimentar Dickson.

—¡Creo, se decia, que si no me escapo, hubiera sido capaz de aplastarme..... de matarme tal vez!.....; Cómo podré librarme de todo esto?.... Es preciso no hacerme de él un enemigo, sino conquistar de nuevo su amistad, probarle que obré en interés suyo..... Si yo pudiera hablarle con calma, explicarle, decirle.... Pero no habrá medio de hacerle entrar en razon..... Gritará, se encolerizará......

Y Baradoux se entregaba á una mímica desordenada, caminando maquinalmente en aquella direccion, atraido, sin duda, por al frescura del bosque de Boulogne.

Al pasar por delante de la estacion del camino de hierro de circunvalacion, una mano

se posó sobre su hombro.

Quiso huir; pero un brazo nervudo le tenia bien agarrado.

-¡Señor Dickson!
-¡Amigo Baradoux!

- Os ruego que no os propaseis! Mirad, hay

guardas en la entrada del bosque y además cuatro agentes de seguridad, en el kiosko.....

El peligro devolvió alguna calma al ban-

quero.

Dickson tenia ganas de aplastarle como á un reptil, pero la observacion de Baradoux le pareció muy justa y al mismo tiempo esta idea atravesaba su cerebro: "Baradoux es un pillastre; pero si me quedo en Paris, necesito á un canalla de su especie, éste me ha engañado una vez y no se atreverá á repetirlo."

—No me propaso de ningun modo, replicó Dickson, dominando su ira; pero habeís huido cobardemente de mí en el momento en que tenia que hablar sériamente con vos. Os encuentro y os detengo para pediros explicaciones...

—¡Explicaciones! exclamó el banquero, algo contento, al ver tan tranquilo al americano; estoy pronto á dároslas bien cumplidas. Vereis qué claras y cumplidas son.....No era posible hablar delante de ese medio loco, que se llama Brettecourt.....

Dickson se sonrió con ironía.

-Si sale con bien de esta, pensó, será en verdad un hombre muy hábil, y en tal caso, es preciso no reñir con él.

-Espero vuestras explicaciones, caballero,

dijo con calma.

Baradoux le miró de reojo con desconfianza; pero el americano no parecia iracundo ya. El banquero señaló un banco situado en un sitio bastante apartado; pero desde el que se veia perfectamente el kiosko de los guardias.

-Alli estaremos bien. Dickson se dejó conducir.

Baradoux, sin embargo, desconfiaba todavía, pues no comprendia el motivo por qué su adversario se hallaba tan tranquilo.

Cuando estuvieron sentados, el newyorkino

preguntó:

-¿Creeis, pues, que el conde de Brette-

court está loco?

- —¡Loco!..... balbuceó el agente de negecios, apercibiéndose de la ironía de su interlos cutor, exagerada un poco. Solamente que como hace tanto tiempo que no venia á Paris, no entiende ya mucho de la vida parisiense... En vez de explicarse las cosas de un modo natural, se equivoca respecto á las mejores intenciones.....
- —¿De modo que pretendeis que ha equivocado las vuestras?
- -Supongo, que por lo ménos vos no dudais de ello.
- —En este caso, mi querido Baradoux, hacedme el favor de decirme con exactitud cuáles eran las vuestras.

. -¿No lo adivinais? ¡Ahorraros un millon de francos!

-¡Ah! ¡ah! De manera que si habeis repre-

sentado esa comedia con los acreedores del marqués de Villepreux, ¿ha sido en provecho mio?

-Pardiez!

—¿Y el millon......ó más bien, el millon trescientos mil francos que les habeis robado con tanta destreza?.....

-¡Oh! ¡señor Dickson!

-Nadie nos oye; podemos llamar las cosas por su verdadero nombre.

-Iba á devolvéroslo.

-Nada me dijisteis de eso.

. —Queria sorprenderos.

-;Hum! ;hum!

- Estaba encargado de vuestros intereses y los he defendido del mejor modo posible. No ha sido culpa mia, si el asunto ha salido mal en el momento en que creíamos vencidas todas las dificultades.
- —Sí, señor Baradoux, sí, la culpa es vuestra. Me habeis engañado; pero teneis una disculpa: era por demás fácil engañarme, envolverme..... como dicen vuestros buenos parisienses.

Dickson lanzó una carcajada nerviosa, estridente y dió un golpe atroz en el hombro del banquero, que princió de nuevo á temblar.

Despues el americano dijo con amargura:

-Hé aquí lo que siento, amigo mio. El señor conde de Brettecourt no es ni loco, ni in-

cauto y me ha abierto los ojos. No creo una palabra de la historieta que me acabais de contarme; vuestra intencion era la de apropiaros el millon trescientos mil francos de que se trata..... Y os considero como un perfecto canalla.....

Baradoux se sobresaltó; quiso dejar solo al americano; pero éste le detuvo y echose á reir.

—No temais nada, señor truhan; mi cólera no es duradera porque soy muy práctico.

—Caballero, me llamais truhan, y sin embargo, gozo de más estimacion que los americanos, lo que os prueba que valgo más que vo..... Si yo contara ó los parisienses lo que vuestros compatriotas saben de vos y de vuestra fortuna.....

-1Chist! le dijo el americano, vámonos mejor entendiendo una vez que los dos vamos á tener mucha necesidad de entendernos.

Así que siguieron pronunciando palabras á media voz y segun el semblante que puso Baradoux cuando se separaron, parecia que habian llegado á entenderse admirablemente.

La dificulta l para Dickson ahora estaba en su casa, por lo que al ver á su bija entró exclamando:

-¡Una noticia!

— ¿Una noticia? ¡La sabia antes que vos, padre mio! Estoy informada, sin necesidad de espías.

La jóven hablaba con voz entrecortada, y esforzándose para sonreir.

-Ya sé que todo para mí ha terminado,

añadio, la noticia es oficial.....

-No, no es eso, querida hija.....

Luisa le cortó la palabra.

—¿Cómo que no? ¡Todo Paris no habla más que de eso! Hasta mi modista repite á boca llena: la señorita Dickson se casa con el señor conde de Villepreux......

-Federico?

-¡No pronuncieis ya ese nombre delante de mi! ¡No quiero que nadie me lo recuerde!

-Sin emba:go, hija mia.....

-¡No, no, callaos! No me hableis una palabra de esos Villepreux! ¡Ya se acabó! ¡Quiero olvidarlos!..... Ya no existen para mí!

Y sus lágrimas empezaron de nuevo á cor-

rer y los sollozos la ahogaban.

—¡Te aseguro, querida mia, que el proceder de Federico es muy disculpable!.....; Escuchadme!

—¿Cómo es eso? ¡Ahora sois vos quien va á tomar el partido de Federico..... despues de incitarme á que le aborrociera!

-¿No le amas ya? preguntó atontado el

notario.

—¡Yo amarle!..... ¡Le odio!..... ¡Quisiera verle desgraciado, desesperado!..... ¡Cuánto me reiría yo entónces!

LA AMERICANA. -- 58

Para confirmar lo que decia, Luisilla enjugó sus lágrimas y se echó á reir de un modo febril.

- Estas local dijo el notario, cayendo en

una silla. Federico.....

-¡Os he suplicado que no pronuncieis ese

—¡Ah! ya no hay medio de hacerte comprender la razon! Calmate, te lo ruego: el senor de Brettecourt y su hijo adoptivo van á veuir dentro de un momento.....

Desde aquella mañana la jóven sabia que Juan llevaba el nombre de Brettecourt.

-¡No quiero verlos! exclamó.

-Tus amigos.....

-¡Ya no son amigos mios pues me han abandonado!

-¡Si supieras lo que han hecho por tíl

-¡No quiero saberlo.....marchaos.....dejadme!

Y para no atender á las súplicas de su pa-

dre, se encerró otra vez en su cuarto.

Sin embargo, cuando el general y Juan llegaron, la jóven habia dominado completamens te su dolor, y sin esperar que la avisaran, se presentó en el salon.

Habia cuidado mucho su tocado y empolvado con tanta habilidad su rostro, que toda la huella de lágrimas habia desaparecido. Ni Juan ni el coude verian las señales de su desesper: cion.

Los recibió del modo más amable, alegre y sonriente, y esto formaba gran contraste con el aire triste de su padre.

-¡Qué agradable sorpresa! dijo ofreciéndo-

le la mano.

—Nos hemos invitado nosotros mismos, contestó alegremente el general, para tener el gusto de hablar con nuestra amiguita.

Le dió las gracias sonriendo, y luego dijo

á Juan:

—Señor vizconde, recibid mi enhorabuena por..... por.....

—Por mi felicidad, señorita; os la debo en parte.

-¿Lo creeis así? dijo ella.

Y como un sollozo apretaba su garganta, añadió:

-Permitidme que os deje un memento; tengo algunas órdenes que dar.

Y la jóven salió precipitadamente.

-¿Qué tenemos? pregunté entônces Brettecourt al notario.

—¡Ay, amigo mio! si entendeis el carácter de mi hija, sereis más dichoso que yo...... Has ce poco no queria veros ni al uno ni al otro, y ahora os recibe con la sonrisa en los lábios.

-¿Qué ha dicho cuando le habeis anuncia-

do?.....



—¡Nada he podido decirla! Desde que he vuelto, todo ha sido gritos, lágrimas, imprecaciones, prohibicion de pronunciar el nombre de Federico. ¡Ya no le quiere..... le aborrece!.....

Pobre niña! dijo Juan.

- La consolaremos, repuso Brettecourt riendo.

El notario movió la cabeza en señal de duda, y preguntó:

-¿Habeis salido bien de vuestra empresa?

-- Mejor aún de lo que creia, amigo mio, y sin grandes dificultades. Solamente que mi querido hijo ha perdido la fortuna que sn madre le habia ganado.

Juan hizo un gesto para interrumpirle; pero el general le impuso silencio muy afectuo-

samente.

←Ya sé que no te gusta que se hable de tus buenas acciones; pero ahora tengo derechos sobre tí y no tienes más remedio que acatar respetuosamente mis órdenes, hijo mio.

-¡Querido padre! murmuró Juan, la obediencia es muy dulce, tratándose de vos.

 En fin, repuso Bretecourt, si bien se ha perdido algun dinero, la honra está en salvo.
 Habeis avisado á la señora marquesa?

—Sí, amigo mio, la he mandado una esquela, diciéndola tambien que Juan y yo irémos luego á verla; pero como mi hijo quiere evitar que le demuestren demasiado agradecimiento, nos acompañareis.....

-;Yo?

-Sí, vos y tambien la señorita Luisa.

—Yo bien quisiera hacerlo, dijo Florimont un tanto cortado, aun cuando no me agrade mucho, en verdæd.....¡Dios sabe cómo me recibirá!

-Muy bien.

—¿Lo creeis así?..... En fin, iré; pero mi hija.....Os repito que no quiere oir hablar ya de ninguno de esa familia.

-Me encargo yo de mi amiguita, dijo el

conde.

Queria cumplir en un todo su obra de reconciliacion.

Luisilla apareció pronto, muy decidida á no dejarse vencer por las lágrimas, y se sentaron á la mesa.

La comida nada ofreció de particular, sino que la jóven parecia alegrarse mucho llamana do á Juan Renaud:

-¡Señor vizconde!

A los postres, cuando los criados hubieron salido del comedor, el general dijo con mucha naturalidad:

- Si la señorita Florimont quisiera prepararse, saldriamos en seguida.

—¡Salir! dijo ella.

-Si, replicó con la misma naturalidad el

conde; puesto que vamos todos á tomar el té en casa de la marquesa de Villepreux.

-¡Ah! explamó la niña.

Toda su tranquilidad fingida la abandonó, sus facciones se contrajeron de repente, y con voz febril é incisiva preguntó:

-¡Es acaso para felicitar á la marquesa

respecto al casamiento de.....

Se detuvo, no teniendo valor para pronunciar el nombre de Federico.

--¿Qué casamiento? dijo el general.

-Pero..... ¿No sabeis?.....el de esa americana con..... con.....

-¡Cómo! ¿Habeis creido eso vos?

¡Vaya! ¡Quereis engañarme tambien, mi general! Todo Paris no se ocupa de otra cosa que del enlace de esa familia americana con la de Villepreux......Hasta mi misma modista.....

-¡Si es que haceis caso de las habladurias de tenderos!.....

Y Brettecourt se encogió de hombros.

Despues, tomando la mano de Luisilla, la dijo con tono grave:

-Querida niña, teneis el derecho de saber

la verdad y voy á decírosla.

—¡La verdad! exclamó la jóven, no pudiendo disimular por más tiempo, ¡es que me habeis abandonado todos, hasta mi aliado, que sin duda habrá creido que el señor vizconde de Brettecourt podia olvidar las promesas hechas por Juan Renaud!

Este se sonrió; pero no contestó, y el general repuso:

—Señorita, para entrar en explicaciones, es indispensable no enfadarse. Hé aquí la verdad de lo sucedido. Vuestro amigo de la niñez, Federico de Villepreux, acaba de conducirse con un heroismo mucho mayor aún que el que ha demostrado en el Toukin. Os amaba y os ama siempre profundamente; pero ya sabeis que su padre estaba comprometido en malísimos negocios; la honra de los Villepreux se hallaba amenazada y para librarla, se ha creido durante algunos dias que Federico debia sacrificarse, sacrificar su dieha y su amor. Obrando de este modo, era digno de todo elogio y respeto......Felizmente, han sobrevenido algunas circunstancias.....

Juan dirigió una mirada suplicante al general.

— (lircunstancias, continuó éste, respecto á las que bien quisiera explicarme; pero el vizconde de Brettecourt me lo impide, porque no gusta de que pongan de manifiesto su proceder, ni tampoco lo que ha hecho Juan Renaud. Os diré solamente que vuestro aliado ha cumplido todos sus compromisos, mucho más extensamente de lo que podíais esperar.....

La jóven, estupefacta, miró á Juan, y el

vizconde bajó la vista.

—En fin, señorita, dijo el conde, el nombre y la honra de los Villepreux se ha salvado cemo por encanto, y solamente en los cuentos de hadas es en donde se ven cosas tan sorprendentes. ¿Me será necesario añadir, que inmediatamente Federico ha rechazado un casamiento que hubiera sido la desesperacion de su vida? Los millones de la americana no le han hecho titubear. Está libre hoy, y su corazon pertenece siempre á su amiguita de la niñez.....

Luisilla permanecia silenciosa, como atontada, no comprendiendo y preguntándose si todo aquello era verdad.

Pero su amor propio se rebeló un poco.

Sin embargo, dijo despues de un largo

silencio, ese casamiento anunciado.....

-¡Ah! ¡ah! dijo Brettecourt con indulgente sonrisa, ¡esto es lo que molesta á vuestro orgullo de niña mimada! ¿No quereis manifestar de nuevo amor á aquel que aparentaba entregar su corazon á otra mujer?.....

Luisilla, confusa, bajó la cabeza.

—El amor propio es una cosa muy fea, señorita; pero en fin, hemos querido todos dar satisfaccion al vuestro. Sabed, pues, que ninguno de los miembros de la familia de Villepreux ha hablado con nadie de ese casamiento; que la señora Dickson no lo ha anunciado más que á algunos comerciantes, lo que no es muy grave, pero que cuando tuvo la audacia de quererlo hacer en un salon del gran mundo, en casa de la baronesa de Vauchelles, alguien se encontró allí para cortarle la palabra.

-¿Estais cierto de que.....?

-¡Tan cierto, señorita, como que ese alguien era yo!

La cara de la jóven se serenó, con gran ad-

miracion de su padre.